

MARX & FOUCAULT

LECTURAS, USOS, CONFRONTACIONES

...

CHRISTIAN LAVAL
LUCA PALTRINIERI
FERHAT TAYLAN (DIRS.)

TRADUCIDO POR JORGE DEL ARCO



Filosofía y Sociedad 8

ISBN: 978-84-121232-8-9
Depósito Legal: M-23330-2022

© 2015 Éditions La Découverte
© 2023 Dado Ediciones

Título: *Marx & Foucault. Lecturas, usos, confrontaciones*
Título original: *Marx & Foucault. Lectures, usages, confrontations*
Dirección: Christian Laval, Luca Paltrinieri y Ferhat Taylan
Traducción: Jorge del Arco Ortiz
Revisión del texto y comprobación de citas: Mario Domínguez y David J. Domínguez

Colección: Filosofía y Sociedad nº 8
Primera edición: diciembre 2023
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Claudita Jaramillo
Tipografía: Linux ^{iber}_{tine} y Myriad Variable

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com | www.dadoediciones.org
Producción gráfica: Gráficas de Diego

PROHIBIDA SU VENTA EN AMÉRICA LATINA

ÍNDICE

Introducción

Christian Laval, Luca Paltrinieri, Ferhat Taylan | 5

I. Foucault, lector de Marx

1. Una historia «más profunda» del capitalismo
Ferhat Taylan | 19
2. La productividad del poder
Christian Laval | 31
3. Foucault, Marx: el cuerpo, el poder, la guerra
Sandro Chignola | 47
4. Foucault lector de *El Capital*
Rudy. M. Leonelli | 61
5. «Comunista nietzscheano». La experiencia Marx de Foucault
Roberto Nigro | 75
6. El anti-Marx de Michel Foucault
Étienne Balibar | 89

II. Foucault y los marxismos

7. Cartografiar los marxismos con Foucault: los años 1950 y 1960
Jean-François Bert | 113
8. La inteligibilidad de las luchas. Foucault y Sartre lectores de las encuestas históricas de Marx
Hervé Oulc'hen | 119
9. El efecto Althusser sobre Foucault: de la sociedad punitiva a la teoría de la reproducción
Julien Pallota | 137
10. Michel Foucault entre Marx y Burckhard: estética, juego y trabajo
Manlio Iofrida | 151
11. Foucault, ¿marxista herético? Historia, subjetivación y libertad
Judith Revel | 163

III. Leer a Marx después de Foucault

12. La subjetividad reencontrada. Una experiencia marxista de Foucault
Antonio Negri | 185

13. De la *praxis* a las prácticas
Pierre Dardot | 197
14. ¿Poder o dominación? ¿Poder o explotación? Dos falsas alternativas
Emmanuel Renault | 213
15. Capitalismo y gobierno de las circulaciones
Lauren Jeanpierre | 227
16. Raza, población, clase: discurso histórico-político y biopolítica del capital de Foucault a Marx
Guillaume Sibertin-Blanc | 243
17. El nominalismo de la relación como principio antimetafísico
Diogo Sardinha | 261

IV. Marx con Foucault: actualidades, luchas, críticas

18. Lo simbólico, la producción y la reproducción. Elementos para una nueva economía política
Federica Giardini | 279
19. Foucault con Marx: la práctica modificadora como *praxis* revolucionaria y las luchas contemporáneas por lo común
Pierre Sauvêtre | 289
20. Foucault con Marx: poder-capital y poder-saber
Jacques Bidet | 305
21. Foucault, la actualidad, la historia: aspectos de la democracia presentista
Isabell Lorey | 319
22. Marx, Foucault y la gran empresa como institución central
Stéphane Haber | 329
23. ¿Qué es una crítica transformadora? Contrato psicológico y normatividad de empresa
Massimiliano Nicoli y Luca Paltrinieri | 345

Notas de los capítulos | 361

Lista de autores y autoras | 467

Introducción

Christian Laval, Luca Paltrinieri, Ferhat Taylan

Hay trabajos y obras que nos ayudan a comprender aquello en lo que nos hemos convertido y lo que nos sucede hoy en día. Marx y Foucault son un ejemplo de ello. Sin duda no nos dicen lo mismo sobre nuestra historia, ellos que han vivido y pensado con un siglo de diferencia, en condiciones y con proyectos distintos, pero quizá son precisamente todas esas diferencias las que hacen del cruce de estos dos nombres un espacio fecundo para el porvenir del pensamiento crítico. El congreso «Marx & Foucault» que da lugar a este volumen aportó elementos suficientemente convincentes al respecto. La organización de este encuentro se puso como meta la interrogación, tan sistemática como fuera necesario y tan libre como fuera posible, de las ricas, variadas, cambiantes y complejas relaciones de Foucault con el pensamiento de Marx. Lo importante para nosotros era hacer un balance del «diálogo ininterrumpido»¹ entre los textos de Marx y de Foucault, comprender cómo funcionan los unos en relación con los otros y cómo esa relación o relaciones forman parte también de nuestra actualidad de pensamiento y acción.

Pero nuestro objeto no ha sido únicamente dicho diálogo. También hemos considerado una cuestión importante *nuestro* diálogo con los trabajos de Marx y de Foucault, nosotros que les hemos leído al uno y al otro, al uno *con* el otro, al uno *contra* el otro. Debíamos tener en cuenta el hecho de que nuestra propia relación con el trabajo de Foucault ha cambiado nuestra lectura de Marx, que hemos comenzado a leer a Marx *desde* Foucault. Y convenía interrogarnos sobre la forma en que combinamos *hoy en día* sus análisis y sus conceptos en la comprensión que tenemos de los poderes contra los que luchamos y las prácticas de resistencia que desarrollamos.

Quienes contribuyen a este volumen abordan teóricamente esta cuestión de fondo cada uno a su manera. En nuestra opinión,

esto es lo que permite superar los riesgos de incomprensión inherentes al campo académico. Juntar dos nombres propios en el título de un congreso, o en la portada de un libro, en efecto, es un gesto universitario bastante corriente que se expone al riesgo de lo arbitrario. En el juego escolástico, nos gusta reunir obras que no son de la misma época, que no se expresan en la misma lengua y que no hablan de la misma cosa. El riesgo entonces es siempre la pretensión de establecer un diálogo entre pensamientos y autores que no tienen el mismo contexto de ejercicio, ni las mismas metas o las mismas intenciones; simulacro cuya consecuencia consiste generalmente en añadir un poco más de desconocimiento en cuanto a la singularidad de los pensamientos y vidas que designan estos nombres propios. Este riesgo aumenta cuando pedimos a Marx y a Foucault, desde la posición en la que estamos nosotros, que nos ayuden a captar lo que nos ha convertido en lo que somos y lo que pensamos, es decir, a hacer un diagnóstico de nuestra actualidad histórica. Por decirlo de otra manera, con más precisión, sólo vale la pena confrontar al uno con el otro en el análisis de los poderes que nos constriñen y nos constituyen, así como en la reflexión acerca de los medios de lucha que tenemos para liberarnos de ellos.

Por tanto, no hemos elegido por casualidad para la articulación de estos dos nombres propios el signo que los tipógrafos llaman *ampersand*: &. Menos habitual que la pequeña conjunción «y», este signo está ahí para subrayar el carácter problemático, discutible, complejo de este conjunto de relaciones entre Marx y Foucault. Y, de hecho, no hay que esperar una perfecta unidad de puntos de vista entre quienes contribuyen al volumen. La conjunción puede entenderse de múltiples maneras. Algunos prefieren resaltar las afinidades, incluso buscar una síntesis, otros intentan dilucidar la brecha entre ellos, incluso oponerlos, mientras que otros, y esta es quizá la mayoría, muestran el doble movimiento de apoyo y distancia de uno en relación con el otro.

MARX & FOUCAULT

No somos los primeros en intentar el paralelismo Marx/Foucault, somos bien conscientes de ello. Hay muchas maneras de interpretar nuestro *ampersand*. En primer lugar, el modo de la oposición: se podría querer oponer al Marx de la cuestión social central que se dirime entre dos grandes clases dentro del marco del sistema capitalista y al Foucault de las «luchas minoritarias», las de los excluidos, los invisibles, los infames y los desterrados. Para plantear la cuestión de otra manera, y de forma más histórica y menos polémica, se podría decir lo siguiente: generalmente se reconoce que Foucault supo otorgar un lugar pleno en el pensamiento crítico a aquellos y aquellas que no encajaban en la gran dialéctica marxista, y ello en una época en la que esta dominaba ampliamente la concepción de la historia y la reflexión política. ¿Pero no habría ganado progresivamente en fuerza y en extensión un cierto «foucaultianismo» hasta hacer de las luchas de los excluidos de la historia –mujeres, colonizados, homosexuales, presos, inmigrantes, niños, etc.– no ciertamente el motor sustituto de una nueva historia, sino el reverso de la representación dominante de la historia, entendida hasta entonces como progreso hacia la emancipación universal? Este descentramiento y deconstrucción sistemática de viejos esquemas, incluida la propia concepción de la historia, ¿no se habría llevado consigo aquella visión todavía muy occidentalista de Marx? Llevando más lejos el razonamiento, ¿no sería el «foucaultianismo», nuevo marco más o menos explícito de las ciencias sociales e históricas «globales», una forma de acompañar, de cierta manera crítica, pero en el fondo inofensiva, a la mundialización capitalista, a las lógicas políticas neoliberales e *in fine* al debilitamiento del movimiento obrero y la desaparición del horizonte revolucionario? Como es sabido, este es el reproche de ciertos marxistas contra Foucault, a quien se le imputan interpretaciones y continuaciones en las que no tiene demasiada responsabilidad.

Pero existe otra forma de «poner en relación» a los dos autores: no ya una relación de oposición, sino la negación de toda relación. Por extraño que esto pueda parecer, las numerosas declaraciones

en las que Foucault subraya lo importante que fue para él la lectura de Marx siguen siendo letra muerta para algunos intérpretes. Por diferentes razones, incluso contrarias, parecen haberse puesto de acuerdo en hacer valer que *sobre todo no* es a través de su relación con Marx como hay que leer e interpretar a Foucault. Cabe pensar en aquellos intérpretes que se agarran sintomáticamente a sostener el mayor hermetismo posible entre Foucault y el marxismo, y cabe recordar, por supuesto, esa cantinela que querría que Foucault hubiera renegado finalmente de sus compromisos políticos de los setenta, que se hubiera convertido tardíamente a una concepción ética y estética de la existencia, cuando no que hubiera sido esta su verdad de toda la vida. Pero, sobre todo, uno piensa en ese nuevo trabajo de etiquetado para el cual el supuesto neoliberalismo de Foucault sustituye a su antimarxismo de base. Se da ahí una nueva forma de intentar fabricar una imagen de Foucault radicalmente incompatible con Marx. Al margen de todo contexto histórico, Foucault se ve enviado de nuevo a sus ambigüedades políticas, a sus turbias amistades, a sus dudosas investigaciones. El interés por el objeto «liberalismo» o por el objeto «neoliberalismo» equivaldría a un elogio. Indudablemente, los métodos «teórico-judiciales» de otra época están de vuelta. Aquel fue el periodo en que se buscaba más etiquetar que pensar, un periodo en el que Jean-Paul Sartre podía escribir que «Foucault es la última barrera que la burguesía aún podía levantar contra Marx». Ahora bien, los autores de este volumen se han puesto de acuerdo, sin necesidad de explicitarlo, en que estas prácticas de lectura, o más bien de no lectura, deben enviarse de una vez por todas al «basurero de la historia».

Como muestra este volumen, por fortuna existe otra tradición de lectura de Foucault y de Marx, tanto en Francia como fuera, que ha hecho de este cruce una apuesta teórica importante. Es posible señalar, sin pretensión en ningún caso de exhaustividad, cuatro textos que han aparecido en diferentes momentos y contextos. Pensamos, en primer lugar, en la obra de Barry Smart, aparecida antes de la muerte de Foucault y publicada en 1983, *Foucault, Marxism and Critique*, que planteaba ya un cierto número de cuestiones y que tuvo el mérito de mostrar que, en los círculos académicos estadou-

nidenses, los lectores de Marx habían sido sensibles a los análisis de Foucault desde muy pronto. Seis años más tarde, en el marco del primer gran congreso celebrado en Francia sobre Foucault, Étienne Balibar presentó un texto, titulado «Foucault, Marx et l'enjeu du nominalisme», que desde entonces se ha convertido en una importante referencia. En 2004, la revista *Actuel Marx* publicó un importante dossier sobre «Marx y Foucault» donde se encuentra especialmente un texto del investigador alemán Thomas Lemke consagrado a la gubernamentalidad, en el cual se insiste en la manera en que los análisis foucaultianos del neoliberalismo vienen a completar de forma útil los análisis marxistas de este fenómeno. Por su parte, Roberto Nigro había esbozado un programa de investigación basado en la hipótesis de que «la obra de Foucault está atravesada de un extremo a otro por una confrontación con Marx».² Se evocan aquí estos textos de manera demasiado apresurada para recordar que el presente volumen retoma y prolonga en la actualidad un conjunto de trabajos sobre la relación entre Marx y Foucault que ya tiene una cierta historia: aquella que se ha visto reavivada por la reciente publicación del curso de 1972-1973, titulado *La société punitive*, en el cual Foucault se refiere ampliamente a Marx.³ Sin olvidar dos libros recientes que también se interrogan sobre la relación Marx/Foucault: el de Pierre Macherey y el de Jacques Bidet.⁴

FOUCAULT, O CÓMO LEER A MARX

Todos estos trabajos se apoyan sobre un hecho incontestable: Foucault escribió *desde* Marx y *después* de él, *con* Marx y *contra* él. Nunca dejó de leerle, sin citarle jamás, mientras esquivaba cualquier adscripción a un marxismo o antimarxismo que le hubiera obligado a rendir cuentas ante el tribunal imaginario de la «teoría verdadera porque todopoderosa», según la siniestra fórmula de Lenin. Nunca dejó de leerle y de pensarle como un acontecimiento en la historia de los discursos y de las luchas. En este sentido, Foucault no pretende ni negar, ni reducir, ni superar a Marx. Se esfuerza por no considerarle un «horizonte insuperable», sino una condición ineludible

de cualquier pensamiento sobre la historia. De modo que se puede considerar con razón su obra como una explicación interminable con Marx, incluso si ya no le citaba en sus últimos trabajos dedicados al «gobierno de sí y de los otros».

Pero ¿cómo leyó Foucault a Marx y para qué? Para responder, hay que partir una vez más de la célebre conferencia de 1969, «¿Qué es un autor?», donde mostró cómo la función-autor, al restablecer un origen absoluto de la obra, crea la ilusión del genio que permite conjurar los peligros y las contradicciones de la escritura. Para Foucault, el autor es un «cierto principio funcional mediante el que, en nuestra cultura, se delimita, se excluye, se selecciona: en una palabra, el principio mediante el que se obstaculiza la libre circulación, la libre manipulación, la libre composición, descomposición, recomposición de la ficción». En definitiva, el autor es para él la «figura ideológica mediante la que se conjura la proliferación de sentido».⁵

Se podría decir que a lo largo de su «diálogo ininterrumpido», Foucault intentó justamente arrancar a Marx de esta función-autor: ese es el sentido de su polémica contra los marxismos como aparatos «teórico-judiciales». Mientras que estos buscan restaurar la unidad de la obra y del autor a través de la cita y el comentario, es necesario, dice Foucault, ser «cripto-marxista». La tarea es, por tanto, esquivar los inevitables efectos de pertenencia, las atribuciones de origen, utilizar libremente los textos de Marx, devolverlos a la proliferación de sus significaciones, liberarlos de la engorrosa presuposición de un genio operando detrás de cada palabra, cuya intención más profunda debiera ser restituida. Por eso el uso foucaultiano de Marx es siempre una cierta manera de desmontar un determinado marxismo, un marxismo que querría entregar permisos de palabra y definir las lealtades. Frente a los procedimientos de identificación de este tipo: «sois más o menos marxistas» o «sois más o menos foucaultianos», el único deber moral y político, según Foucault, es rechazar sistemáticamente el chantaje del «¿quién eres tú?».⁶

Crear o no creer en la unidad de una obra tiene una importancia estratégica. Es esta creencia la que ha ocultado la analogía más secreta entre la obra de Marx y la de Foucault. Porque ambos pensadores nunca han dejado de estudiar la «inteligencia de la bur-

guesía», bien se trate de estudiar el *panopticon*, el «capital humano» o las técnicas de sí por parte de Foucault, bien el mercado, el trabajo o la economía política por parte de Marx. Foucault lo explica en un pasaje de *La sociedad punitiva*. El tema de la estupidez de la burguesía es muy apreciado por los intelectuales, pero son los que creen en esa estupidez los que, en el fondo, son los más estúpidos.

«Si la burguesía parece tonta es porque buscamos las huellas de su inteligencia o su tontería en la categoría de discursos particularmente escolarizados que llamamos las obras de los autores, [los] textos. Todas estas categorías –autores, escritores, obras, textos– son lo que la escolarización de la sociedad ha aislado respecto de la masa activa, estratégica de los discursos».⁷

El precio a pagar es alto: las luchas serán siempre derrotadas si no se toma en serio la «inteligencia de la burguesía», si no se va a buscarla allí donde actúa, en el papel estratégico del discurso. Sin duda la «función-autor» ha terminado por alcanzar a su crítico más infatigable. Después de haber sido sometido a los «signos ostensibles del marxismo», el discurso crítico se muestra cada vez más expuesto a los «signos ostensibles del foucaultianismo». Basta con considerar la importancia icónica de los rostros de Marx y de Foucault, el barbudo y el calvo, que han circulado por todas partes hasta convertirse en puros «significantes globales» en Internet y en los medios. Si Foucault quiso arrancar a Marx a los marxistas, la cuestión hoy es evitar que Foucault sea reducido a un foucaultianismo escolástico, a una academización de Foucault que, al transformarlo en un «autor clásico», le neutralice, impidiendo toda relación libre con su obra que permita ampliarla, transformarla, hacer de ella algo nuevo. Como ha señalado recientemente Pierre Macherey:

«Foucault [...] era poco indulgente con los escolásticos que malgastaban su tiempo explicando con devoción “lo que decía Marx”, “lo que verdaderamente decía Marx”, sin darse cuenta de que daban vueltas en círculos, por ejemplo, contentándose con “leer *El Capital*”. Si se quiere ser consecuente esto debería entenderse como una advertencia para quienes se vean tentados de establecer, o de instaurar como intérpretes autorizados que disponen de la *auctoritas* cuya fuente mana del autor,

“lo que Foucault ha dicho”, incluso “lo que ha dicho realmente”, a la vez porque lo ha dicho efectivamente y porque tenía razón al decirlo».⁸

Quizá la neutralización escolástica es inevitable en parte. ¿Acaso el mismo Foucault no intentó a menudo establecer retroactivamente continuidades, síntesis y coherencias para dar cuenta de su propio recorrido? Pero lo que cuenta es algo totalmente distinto: es la capacidad que conserva un texto de ser «puesto en práctica» para comprender lo que acontece. Es lo que dijo Foucault sobre su relación con Marx en un texto inédito:

«Entonces únicamente mantengo una forma de tratar los textos de Marx: la puesta en práctica eventual de sus formas de análisis, de sus proposiciones teóricas y de sus conceptos; y esto no por asegurar una repetición, sino por producir, si es posible, algo nuevo a partir de ahí. El único procedimiento honesto, por lo tanto, es dejar al lector la tarea de reconocer, si así lo desea, qué elementos de los análisis de Marx han sido utilizados y de qué manera, para llevar a qué resultados y con qué certeza».⁹

Se habrá comprendido lo vano que sería confrontar un marxismo imaginario con un foucaultianismo igualmente imaginario.

«PONER A MARX EN PRÁCTICA»

En resumen, Foucault no es marxista, como tampoco es liberal. Pretende excavar «más profundo» que Marx, a un nivel que considera más fundamental: el de las formas de poder y los tipos de saber. La lectura de los cursos y los libros de los años setenta muestran que el capitalismo no habría podido «cristalizar» en sistema si no se hubieran puesto en práctica formas de poder que permitieran disciplinar amplios sectores de la población y transformarlas en «proletariado». El movimiento que maneja Foucault en relación con Marx no es de oposición, sino de apoyo y ampliación, no de negación, sino de profundización y generalización. Se trata de «poner en práctica» el trabajo marxiano para comprender histórica y genealógicamente nuestro presente.

Si en Marx había que partir de la dominación general de una clase para analizar los métodos de poder que esta dominación requería para consolidarse y extenderse, con Foucault convenía ascender desde el ejercicio de un poder localizado que movilizaba técnicas inventivas hasta los efectos generales de la dominación del capital y del Estado. Por tanto, la lucha de clases no queda abolida imaginariamente, sino que se extiende a toda la superficie de la sociedad. Esto supone una cierta diferencia. Es justo lo que les dice Foucault de manera casi literal a los jóvenes militantes trotskistas de *Rouge* que acuden a su casa a entrevistarle:

«Lo que me gustaría tratar de captar es el poder. No como solemos entenderlo, cristalizado en instituciones o en aparatos, sino, si se quiere, el poder en la medida en que es, a través de todo un cuerpo social, el conjunto de lo que podemos llamar la lucha de clases. Para mí, a fin de cuentas, diría que el poder es la lucha de clases, es decir, el conjunto de las relaciones de fuerza, es decir, de las relaciones necesariamente desiguales, pero también cambiantes, que pueden existir en un cuerpo social y que son las actualizaciones, los dramas cotidianos de la lucha de clases [...]. Es decir, este es quizás el punto difícil y que no admitirían, yo no diría: “hay una lucha de clases así, a un cierto nivel fundamental, de la que el resto es sólo el efecto, la consecuencia”, sino que la lucha de clases concretamente es todo lo que vivimos».¹⁰

No se trata aquí de negar las desigualdades de clase, las relaciones de fuerza en el mercado de trabajo o las luchas entre patrones y obreros. Se trata más bien de captar las desigualdades, las relaciones de fuerza y las luchas en su máxima extensión y en su pluralidad más detallada.

Sin duda se ve mejor la raíz de las interpretaciones divergentes y los usos tan diferentes que se pueden hacer. Por un lado, Foucault cuestiona la visión binaria que tienen los marxistas de la lucha, así como el economicismo histórico sobre el que reposa dicha concepción. Lo cual puede explicar la tentación de relativizar la lucha social, en el sentido clásico del término, en favor de una multitud de luchas en otros frentes. Por otro lado, Foucault retoma por su cuenta la idea de que la lucha de clases constituye el elemento mismo de lo social

y lo «transformador» de la historia, pero a condición de no encerrar nunca la lucha únicamente en los lugares de trabajo, únicamente en el campo de la producción, sino considerarla, al contrario, de manera transversal a «todo lo que vivimos», algo que se convirtió en una evidencia para él en los años setenta. Planteaba así una pregunta decisiva a la que han tratado de dar respuesta desde entonces autores tan diferentes como Laclau y Mouffe o Hardt y Negri: ¿sobre qué base, a partir de qué principio, según qué racionalidad se pueden articular todas esas luchas contra poderes que son ciertamente diferenciados, heterogéneos, multiformes, pero que siguen encontrando en el Estado el lugar estratégico de su integración?

LA ACTUALIDAD POLÍTICA DE «MARX & FOUCAULT»

A partir de aquí se habrá comprendido que nuestra pregunta no forma parte, ni esencialmente ni de manera principal, del juego académico. Es profundamente política, es decir, está inscrita en nuestra *actualidad política*. Es evidente que considerar como punto de partida la cuestión política de nuestro presente no significa que nuestro trabajo carezca de una dimensión y unas consecuencias teóricas. Pensar eso implicaría comprender especialmente mal a Foucault, para quien «los conceptos provienen de las luchas y deben retornar a ellas».¹¹ Por eso el marco del cuestionamiento en el que se inscribe necesariamente toda confrontación del pensamiento de Marx y de Foucault es eminentemente práctico, incluso estratégico, ya que implica saber si es posible hoy en día pensar las luchas de las «minorías» (que a escala mundial son mayoritarias en número, pero no en densidad) y las luchas de las clases en el terreno del capitalismo globalizado. Esta cuestión no se plantea en un momento cualquiera. Surge en un momento de posible bifurcación entre dos vías.

La primera, como se ha visto, es la de una disyunción y oposición entre los «económicamente dominados» y los «culturalmente excluidos». Entre los primeros, víctimas de las desigualdades, las precariedades y las explotaciones en el terreno del trabajo y de la producción, y los segundos, que para unos se remiten a su «hete-

rogeidad» y para otros a su «identidad» irreductible, no habría convergencia posible en el terreno de las luchas. Este divorcio entre «lo social» y «lo cultural», manipulado por los gobiernos y los partidos políticos que se dicen de izquierdas y que creen compensar su abandono de las clases trabajadoras mediante «marcadores sociales», nos lleva directamente al nacionalismo y al debilitamiento progresivo de las alternativas políticas. También conduce, en particular, a ver el trabajo de Foucault como una máquina de guerra contra la lucha de clases. ¿Hay algún motivo para percibir en él al teórico «postmoderno» de la emergencia de «luchas culturales» heterogéneas a todo proyecto de emancipación?»¹² Las contribuciones de este volumen demuestran que no. Pese a su diversidad, coinciden en el hecho de que para avanzar en la reflexión sobre las formas de poder vinculadas al capitalismo es necesario apoyarse no sólo en Marx, o sólo en Foucault, sino en el trabajo realizado por Foucault a partir de Marx, lo cual nos permite releer a uno *a través* del otro y enriquecer así nuestra comprensión del uno y del otro.

A través de esta articulación, y al hilo de las diferentes contribuciones, surge una segunda vía de lucha, una vía tentativa, aún apenas esbozada en la práctica, y sin duda todavía poco discutida teóricamente, que apuntaría a la convergencia de luchas contra el capitalismo en el terreno económico y de luchas que se dirigen contra todas las demás formas de poder y de opresión: el Estado, las religiones, los medios de comunicación o las tradiciones. Esta vía implica, sin duda, situar la dimensión conflictiva de la relación salarial en el centro de cualquier estrategia política, pero sin subsumir las luchas minoritarias en una gran dialéctica de la historia.

Los autores siguen cuatro grandes ejes de problematización. En primer lugar, está la serie de preguntas más evidentes e inmediatas: ¿Cómo leyó Foucault a Marx? ¿En qué contextos? ¿Con qué fines? ¿Con qué inflexiones? Luego está la discusión explícita o implícita que mantuvo Foucault con los marxismos, especialmente con la tentativa de reinención de una filosofía marxista por parte de Althusser, quien fue durante mucho tiempo su interlocutor indirecto. También se da lo que podemos denominar el *efecto feedback*: ¿Cómo se lee a Marx desde Foucault y después de él? ¿Qué han cambiado

en nuestra relación con Marx los conceptos creados y movilizados por Foucault (disciplina, vigilancia, dispositivo, biopolítica, gubernamentalidad, subjetivación)? Pero también, ¿cómo leer a Foucault relejendo a Marx, a partir de Marx? Por último, está toda la cuestión abierta acerca de los usos que se hacen o que pueden hacerse de Marx y de Foucault, los dos juntos, en diversos campos de luchas y en un cierto número de trabajos que apuntan a su articulación.

Su carácter incompleto, de *work in progress*, explica que esta obra carezca de conclusión. O quizá se cierra sobre una invitación a seguir el trabajo del pensamiento y de la lucha. Igual que ayer, tampoco hoy puede satisfacerse el pensamiento crítico con repeticiones y «retornos». Solamente logrará situarse a la altura de lo que está en juego en esta época en que vivimos si es capaz de evitar la tentación de la ortodoxia, la sacralización del texto, la fetichización del «autor». No será fecundo más que si sabe evitar su desactivación escolástica mediante el comentario infinito, si sabe reinventarse a partir de su propia historia.